



Buscadores de “tesoros”

Por Yang Fernández Madruga. Foto: Otilio Rivero Delgado

Para encontrar un tesoro valioso hace falta más que un detector de metales y las ansias de riqueza. Para hallar la verdadera fortuna no se necesitan la dicha del Conde de Montecristo o que un brillo metálico nos golpee la vista tras cavar un hoyo. El descubrimiento real satisface el espíritu. Esa máxima la comprendí luego de visitar la recién inaugurada Dirección de Investigaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey (OHCC), nuevo hogar de los trabajadores afines a la arqueología.

El inmueble, ubicado en la calle Avellaneda, abrió sus puertas después de varios años de abandono y vandalismo que lo consumieron casi por completo. En ese entonces, entre las paredes derruidas y un techo casi inexistente todavía eran perceptibles

las vibraciones del antiguo hogar de la familia Agramonte Loynaz. Allí, Ignacio laboró junto a su padre como abogado y vivió la mayor parte de su vida hasta sumarse a la manigua en el 1868.

Su recuperación, además de materializar una deuda pendiente con la historia patria resultó, para los ocupantes del presente, el ambiente propicio que unifica a los interesados en la búsqueda del oro subyacente en nuestras raíces.

LA FORTUNA DE UNA CASA

El rostro de los integrantes de la Dirección de Investigaciones transmite luz. La alegría de sus 17 miembros se sintetiza en las facilidades para laborar con mayor holgura y desenvolvimiento en el rescate de la memoria escondida tanto en las márgenes terrestres como en la costa.

Joven como la mayoría del colectivo, al director en funciones, Iván Mora Domínguez le place hablar de las potencialidades de la institución: “Contamos con las condiciones para nuestros quehaceres: tenemos locales dedicados a la restauración, laboratorios, un pañol con herramientas imprescindibles en las excavaciones, los aditamentos fundamentales en las búsquedas subacuáticas, además, hay un aula destinada a la superación de los especialistas y al intercambio con otras instituciones.

“Desde el punto de vista logístico radicábamos en espacios muy pequeños en la Oficina del Historiador. No podíamos emprender estudios de mayor envergadura, soñar con otros horizontes. Esta sede nos garantiza eso”.

Tres grupos de trabajo son los que llevan sobre sus hombros la misión de develar o de reconstruir las incógnitas del pasado: el de arqueología, el de pintura mural y el de historia aplicada. Estos equipos se insertan en dinámicas diferentes, no obstante, uno de los méritos del centro es la promoción de proyectos multidisciplinarios que impliquen a sus investigadores y a personalidades de la comunidad científica camagüeyana.

Antes de la “mudanza” varias zonas de pesquiseo como Pueblo Viejo, en Nuevititas, o el Hotel Habana, ubicado en la calle Cisneros, insuflaron aires de conoci-

miento y adiestraron las manos que hicieron visibles las piezas aborígenes y coloniales exhibidas, actualmente, en el salón de exposiciones de la Dirección de Investigaciones.

Apasionada desde siempre por el misterio del ¿qué encontraré? la arqueóloga Jenny Patricia Mujica Olario, una de las dos certificadas con ese título en la provincia, comparte detalles de su oficio: “Lideramos los sondeos antes de las excavaciones y después con la limpieza de los materiales, su clasificación, la elaboración de los informes y la divulgación de los resultados. Somos las responsables de la planificación precisa sobre el terreno”.

HURGANDO EN EL ORO AZUL

Las entrañas de la tierra no son las únicas que ocultan, bajo sus capas, parte de nuestra cultura. En la quietud de las profundidades marinas existen claves para comprender mejor de dónde venimos, claves que ayudan a descifrar la arqueología subacuática.

Mora Domínguez, convencido del rol esencial de esa disciplina, refiere: “Con ella expandimos sustancialmente nuestros objetivos de trabajo. Antes de decidir con cuál zona comenzaremos las pesquisas evaluamos lo que haremos en el sitio y el plan de manejo a mantener. Luego, socializamos los resultados de la excavación y capacitamos a las comunidades costeras en pos

del cuidado del patrimonio descubierto. Varios de los integrantes del centro ya han sido preparados para asumir estas búsquedas en el mar”.

Graduado en la Escuela de Oficios de la OHCC Francisco Sánchez Betancourt, como técnico en arqueología histórica, Osmeel Castro Rodríguez declaró que “los cursos de buceo serán muy provechosos en las venideras incursiones porque al encontrar restos de naufragios sabremos enfrentarnos a ese escenario no desde una mirada empírica, sino profesional”, y añadió cuántos saberes aportarán las experiencias en su faena diaria.

Respecto a las metas Mora Domínguez reveló: “Iniciaremos las investigaciones de esa línea de trabajo en el litoral de la región norte de nuestra provincia y, por el sur, en etapas posteriores”.

Otra de las múltiples perspectivas de estos “aventureros” de las ciencias es la divulgación de forma masiva de sus hallazgos a través de publicaciones, el fomentar la interacción con los ciudadanos en los barrios y el diálogo, así como la muestra de los elementos recolectados a los estudiantes en las escuelas. Seguramente, ellos conocen que ese es uno de los mayores secretos para formar los cazafortunas del mañana, un medio efectivo para asegurar el tesoro de nuestra identidad.

Hugo también es doctor

Texto y foto: Orlando Seguí Aguilar

Encontrarse con un veterinario en Camagüey no es tarea complicada, no obstante, hacerlo con toda una familia dedicada a la rama, no creo sea tan común.

Hugo Gerardo Sánchez Rivera es el Veterinario principal de la UBPC Jorge Osvaldo Galindo, perteneciente a la Empresa Rectángulo del municipio de Guáimaro; 23 años ocupado como médico de animales no es toda una vida, pero sí largas horas de dedicación y entrega. Su mujer se desempeña en el departamento de Sanidad Animal de la delegación de la Agricultura en Guáimaro y un hijo estudia esa misma especialidad.

“Para mí no es tanto tiempo, quizá lo digo porque hago lo que me gusta, sin embargo, siempre supe que quería trabajar con animales porque me gustaban mucho. Así llegué a la carrera y me gradué en la escuela Pino Tres en 1994”.

—¿Cuál ha sido la situación más difícil que ha tenido con un animal?

—Recuerdo un accidente en el que tuve que tratar a un equino que se cortó una de las patas traseras con el disco de un arado. Tuvimos que sedarlo, una operación muy compleja por el tipo de lesión y por el temperamento propio del animal que intentaba pararse, eso me marcó porque llevaba poco tiempo de graduado. Son muchas las situaciones complicadas, pero te acostumbras.

Hugo posee un temperamento más que calmado. Su lento andar puede demostrar pereza para algunos y confianza para otros, pero lo que nadie pone en duda es su capacidad de ir más allá a la hora de ayudar. “Trato de asistir a todo aquel que lo necesite, incluso hay personas que se me acercan para que les vea a sus animalitos domésticos y nunca he dicho que no. El veterinario, como médico, tiene que cumplir con su deber las 24 horas del día”.

En la UBPC Jorge Osvaldo Galindo, tienen priorizados los centros de recuperación, lugares donde llevan a la masa vacuna deteriorada y le dan un tratamiento diferenciado en la alimentación, además del agua permanente, casas de sombra, medicamentos y otros.

“Si se les trata bien son muy efectivos respecto al nivel de muertes, por ejemplo en mi UBPC en los últimos dos meses hemos internado a 36 vacas y no se reportan bajas, todas se devuelven al pastoreo luego de su total recuperación”.

—Respecto al aumento de los veterinarios por cuenta propia. ¿Cómo valoras la relación particulares-clínicas estatales-tratamientos?

—La idea no es mala y siempre existirá, pero trae algunas consecuencias negativas como la desigualdad entre las dos gestiones. Por ejemplo, el particular tiene todo tipo de medicamentos y con ello una mayor calidad en el trabajo, mientras que el estatal no. Los productos vienen del propio Estado y del exterior, lo que provoca a su vez los altos precios. Considero que debería contarse con alguna medida en esto porque al final los dueños son los que sufren cuando no pueden atender a sus mascotas; pero sí estoy a favor de que haya más clínicas, ya sean particulares o estatales.

—Tienes un hijo que también estudia la carrera de Veterinaria en tercer año. ¿Fue una elección propia?

—Quizás influí en algo al verme tratar con tantos animales, pero nunca le sugerí estudiarla. No obstante, cuando me comentó su decisión le aconsejé que de escogerla no podía ser un cualquiera y que yo lo apoyaría en todo lo que pudiera, pero que el esfuerzo tenía que ser grande.

Al doctor se le nota el amor por su profesión en sus gestos. Mientras inspecciona un animal cuando conversamos, me explica que es una labor muy bonita, pero que lleva mucho esfuerzo, sacrificio e interés.



—¿Cómo valora la Veterinaria de forma general en Camagüey?

—Debería ser una profesión donde se reconociera un poco más nuestro trabajo como responsables de las masas ganaderas y como controladores de epidemias, no solo en el ganado sino en aves y otros animales.

“Les aconsejaría además a todos los ganaderos que valoren más las masas de animales que tienen para que se identifiquen mejor y se corrijan en tiempo las enfermedades. Que se apoyen en los veterinarios porque las dificultades que hoy en día afectan mayormente en la masa ganadera son por problemas de manejo. Aquí entra todo, desde la alimentación, la sequía, el conocimiento, y no se hacen las cosas como se debe para que las reses lleguen al nivel deseado y evitar luego los malos resultados y bajos rendimientos”.

Hugo Sánchez está consciente de su responsabilidad y la lleva bien. Sabe que son muchas las carencias de medicamentos e instrumental, pero también reconoce que se puede cuando es mayor el empuje del hombre. Él lo demuestra día a día.